

AMBROSIO CARMENA (El Pellejero)

Pocas historias podrían relatarse más interesantes y conmovedoras que la de Ambrosio Carmena, nacido en 1788 en el pueblo de Argés, distante unas dos horas de la ciudad de Toledo, tundidor de pellicas, según lo indicaba el apodo con que vulgarmente se le conocía y hombre que por su honradez y caridad era fuertemente querido de toda la comarca.

Al invadir España los ejércitos napoleónicos, Ambrosio tuvo el propósito de formar una guerrilla; pero hacia pocos días que se había casado con una hermosa joven, Gregoria Yébenes, a la que adoraba, y no tuvo valor para resistir a sus halagos y sus lágrimas, si bien no dejó de prestar su ayuda a los soldados y patriotas y de dañar a los imperiales, como cumplía a un buen español.

Después de la batalla de Talavera, los soldados del intruso rey, José Bonaparte, entraron en el pueblo de Argés, saquearon las

casas, especialmente la de Carmena de la que se llevaron hasta las aves del corral y un sargento y cuatro soldados que en ella fueron alojados, cometieron la villanía de violar a su joven esposa. Por suerte, ó desgracia, cuando tal infamia cometieron, el Pellejero no se encontraba en Argés.

Al regresar por la noche contento y satisfecho por el buen negocio que había realizado en Toledo, halló su pueblo ocupado por los imperiales. Apresuró el paso deseoso de llegar a su casa y no había traspasado los umbrales cuando supo su inmensa desdicha.

Las escenas que se ofrecieron a su vista no podían ser más terribles.

Gregoria yacía en el lecho desmayada, asistida por algunas vecinas; y en la cocina el sargento y sus compañeros apuraban botellas de vino, cantando y blasfemando.

¡Ah, y cuánto se reprochaba Carmena, al no haber acudido antes en defensa de su amada patria, considerando lo que le ocurría como un castigo del cielo!

Gregoria violada y España invadida, le exigían una pronta y sangrienta venganza. Ambrosio se la ofreció en aquel supremo instante, y no era hombre el Pellejero de faltar a sus promesas.

Al tornar de su desmayo y verle junto á ella, Gregoria se arrojó en sus brazos, vertiendo un mar de lagrimas. Ambrosio la estrecho en ellos y deslizo en su oído estas dos palabras: Serás vengada.

La joven levantó la cabeza y pareció recobrar la vida que había perdido.

Carmena rogó a las vecinas que salieran y los dos esposos quedaron solos. El Pellejero entró en su taller y se apoderó de una gran cuchilla que escondió bajo el chaleco. Lanzóse á la escalera y llegó con el mayor sigilo hasta la puerta de la cocina. Rápido como el pensamiento penetró en ella y en un instante los cadáveres de sus deshonoradores flotaban en un mar de sangre. Al

volverse vió en el dintel de la puerta á Gregoria armada de otra cuchilla.

Los dos cambiaron una mirada.

Gregoria, como la famosa Chiomada de la historia, podía exclamar:

Dos hombres vivos no podrán alabarse de haberme poseído.

Estos son los primeros dijo Carmena con siniestra voz- después- los que Dios quiera.

Tomóla de la mano y ambos se encaminaron á la casa del hermano de Gregoria.

Mi honra y tu hermana ya están vengadas, exclamo Ambrosio ahora tengo que vengar a mi patria, a mi segunda madre, y para ello me voy al monte.

Y yo contigo respondió su cuñado, Tomás Yébenes.

Bien pronto se le unieron Cecilio Mora, un joven que aprendía el oficio de tundidor en su casa y algunos amigos y vecinos, y á seguida partieron para Toledo, en cuya ciudad dejó Ambrosio á

Gregoria en lugar seguro, encaminándose a sus celebrados montes, desde los cuales y á las pocas horas logro hacer comprender á los bonapartistas que no se juega impunemente con la libertad de una nación de tan alta historia, como la española ni con el limpio honor de sus valerosos hijos.

Tal fué el entusiasmo que en la provincia despertó la noble conducta del Pellejero, que en breve se le presentaron para formar parte de la guerrilla multitud de jóvenes de Layos, Guadamur, Burguillos, Covisa, Nambroca y otros pueblos; y tan grande fue el daño que causó a los imperiales desde que se lanzó al campo, sorprendiendo sus convoyes, deteniendo sus correos, aprisionando sus destacamentos, teniéndolos en perpetua alarma, sin dejarles vivir ni sosegar, que llegaron á pregonar su cabeza, ofreciendo 20.000 reales al que le presentase en Toledo muerto ó vivo.

¡Júzguese la pena y el sobresalto que estos pregón y ofrecimientos causarían en el ánimo de su esposa Gregoria y de sus amigos!

Por extraño que parezca, hubo un mal español a quien aquella suma logro tentar y

¡pásmense nuestros lectores! aquel hombre sin corazón fué el hermano de Gregoria, Tomás Yébenes, individuo de la guerrilla de Carmena.

Todo lo supo el Pellejero por una feliz casualidad, y en su corazón empuñó una porfiada lucha.

Tomás era el hermano de su esposa, y éste debía protegerle.

Sí, pero perdonarle obligaba á perdonar al cómplice que tenía, á Lorenzo Riesco, y dejar abierto el camino para nuevas traiciones.

La resolución del bravo patriota no se hizo esperar.

Aquella misma mañana, formó la guerrilla en un claro del monte, y dirigió la palabra á sus partidarios en esta forma: ¡Guerrilleros! Vosotros sois, desde mi desgracia y mi lanzamiento al campo en defensa de mi honor y de mi patria, no mis subordinados, sino mis hijos.

Es cierto repitieron todos a una voz.

Pues bien; ¿Qué pensaríais añadido con profunda amargura de un hijo que, cegado por un

n instante de
 ulidad. Aquello
 que ni lo
 de la guerrilla
 el Pellejero se
 uno capaz de
 antoso crimen,
 Pero eso no es

n instante de
 ulidad. Aquello
 que ni lo
 de la guerrilla
 el Pellejero se
 uno capaz de
 antoso crimen,
 Pero eso no es

n instante de
 ulidad. Aquello
 que ni lo
 de la guerrilla
 el Pellejero se
 uno capaz de
 antoso crimen,
 Pero eso no es

n instante de
 ulidad. Aquello
 que ni lo
 de la guerrilla
 el Pellejero se
 uno capaz de
 antoso crimen,
 Pero eso no es

